

Aprender y enseñar lenguas

Por Valentín GARCÍA YEBRA. de la Real Academia Española

ABC, 26 de septiembre de 2001

El aprendizaje de lenguas puede tener dos motivos: adquirir el conocimiento de una lengua para comunicarse con quienes la hablan y entender a quienes la escriben, o bien -y este es un fin secundario, pero muy importante- para conocer mejor otras lenguas.

No hay nadie que domine su propia lengua, si por dominarla se entiende conocer todos sus recursos y todas las posibilidades de usarlos. Tampoco hay ninguna lengua perfecta, pues todas son mejorables. Todas pueden mejorar en contacto discreto con otras. Si este contacto se produce a ciegas, puede resultar dañoso. Por eso conviene saber lo mejor posible la lengua propia antes de contactar con otra.

La primera lengua que se aprende es la que sirve para comunicarse con los más próximos. Suele llamarse lengua materna por ser la madre la persona más cercana al hijo, y la primera en comunicarse con él, también oralmente. De su madre suele aprender el niño las primeras palabras de la lengua propia.

En esta lengua se reciben y se transmiten los primeros afectos, y en ella se adquieren los primeros conocimientos. Suelen adherírsele los humanos tan intensamente que a veces llegan a morir por ella.

Pero quien solo entiende y habla la lengua materna tiene un horizonte sensorial y cognoscitivo muy limitado; tanto más limitado cuanto más reducido sea el número de aquellos con quienes su lengua le hace posible comunicarse. Será, en cambio, ese horizonte tanto más amplio cuanto más poblado y diverso sea el país en que se habla como propia esa lengua. Será especialmente amplio si se habla como propia en varios países, que la matizarán con voces y expresiones peculiares, motivadas por la diversidad de las gentes que los pueblan.

El hablante de una sola lengua, por rica que sea, siempre será lingüísticamente más pobre que si, además de su lengua materna, conoce alguna otra. Entre los siglos III y II antes de Cristo, no se podía comparar el osco con el latín, y menos aún con el griego. Pero el gran poeta latino de entonces, Quinto Ennio, cuya lengua materna era el osco, se gloriaba de tener «tres corazones», que era como decir «tres almas», porque sabía hablar osco, latín y griego. Un adagio latino recoge y amplía ese sentimiento: *Quot linguas quis callet, tot homines valet*, que podría traducirse así: «Cuantas lenguas uno sabe, por tantas personas vale».

Como no es posible saber todas las lenguas, hay que elegir entre ellas. ¿A qué puede uno atenerse para esta elección? Depende de lo que quiera o espere conseguir con el conocimiento de una u otra lengua.

En general, se aspira a conocer una lengua para poder tratar y entenderse con quienes la hablan, y, en un plano cultural más elevado, para poder leer obras escritas en ella.

Por razones especiales, se puede desear comunicarse con hablantes de lenguas minoritarias, o conocer su literatura. En general, se preferirá aprender lenguas de muchos millones de hablantes, que, además, suelen tener grandes literaturas. Si al gran número de hablantes de una lengua y a la excelencia de su literatura se suman otros factores, como el florecimiento científico, la prosperidad económica, el poderío del pueblo o de los pueblos que la consideran propia, esa lengua puede alcanzar difusión mundial y llegar a ser casi imprescindible para toda persona culta.

También se puede desear aprender una lengua sin tener en cuenta el número de quienes la hablan. Más aún: se puede querer aprender lenguas que ya nadie considera propias. Entre estas las hay que tienen en sí mismas grandísimo interés histórico; otras conservan tesoros literarios, filosóficos o religiosos de valor incalculable; algunas son imprescindibles para ver con claridad las peculiaridades de las que han nacido de ellas y en cierto modo las prolongan. Nuestro ejemplo más próximo es el latín.

No podemos asentir hoy al impropio que el humanista español Juan de Lucena lanzaba en el siglo XV contra los desconocedores de la lengua de Roma: «¡Asno se debe llamar de dos pies el que latín non sabe!». Sí se puede afirmar que es muy difícil conocer a fondo cualquiera de las lenguas románicas, y por consiguiente la nuestra, sin un conocimiento amplio de la latina.

He aquí una anécdota que lo demuestra. A comienzos de los años cincuenta del siglo pasado era yo redactor de la sección extranjera de una revista entonces muy importante. Y tuve que revisar un artículo escrito por una persona muy poderosa, que usaba en él seis o siete veces la palabra «inocuo» en frases semejantes a esta que cito con exactitud: «Si todos los bienes de consumo fuesen tan abundantes como el aire, toda distribución sería inocua». Intenté hablar con el autor del artículo; pero estaba de viaje. Como no se podía aplazar la salida de la revista, corregí el mal uso de aquel adjetivo.

Un par de semanas después regresó a Madrid el autor. Leyó su artículo, montó en cólera y se presentó en la redacción de la revista preguntando quién había tenido la osadía de alterar su texto. Le expliqué lo que había sucedido, y el origen y verdadero significado de «inocuo». Al fin, aunque de mala gana, acabó reconociendo que el cambio estaba justificado.

Muchos años más tarde conocí a dos españoles, padre e hijo, profesores ambos de nuestra lengua en universidades norteamericanas. Hablando de la importancia del latín para conocer bien el español, les conté aquel mal uso de «inocuo».

-«Pues mire usted -me dijo con cierta petulancia el profesor joven-, yo nunca he estudiado latín, y sé muy bien qué significa «inocuo».

-«¿Qué significa?», le pregunté, un poco molesto por su tono.

-«Sin sabor», contestó impertérrito.

-«¡Por Dios, Joaquín!», le replicó su padre, que sí había estudiado latín. «¡Significa inofensivo, que no hace daño!».

-«¿Ve usted la diferencia entre saber y no saber latín?», me permití apostillar.

Enseñar una lengua, sobre todo la lengua propia, es enriquecerla con nuevos hablantes, y enriquecerse uno mismo con nuevas posibilidades de comunicación e intercambio. Mas, para enseñar bien una lengua, hay que saberla lo mejor posible; es preciso conocer a fondo su funcionamiento. No basta saber que algo es o no es así; es necesario saber también por qué es así y no de otra manera. Por lo demás, es notorio que, como dejó escrito Séneca en una de sus epístolas, «al enseñar se aprende»: homines, dum docent, discunt. Por eso la enseñanza de una lengua, también de la lengua propia, hace ahondar cada vez más en su conocimiento.

Para conocer bien la lengua propia es preciso saber alguna otra. «Quien no conoce lenguas extranjeras, no sabe nada de la suya», sentenció Goethe. Para conocer a fondo una lengua románica es necesario saber bien la latina, y conviene familiarizarse, además, con la griega.

Sin duda exageró Voltaire al escribir a la Marquesa du Deffand: «Todas nuestras lenguas modernas son secas, pobres y sin armonía, comparadas con las que hablaron nuestros primeros maestros, los griegos y los romanos». Más razonable parece, también en esto, la opinión de Goethe: «¿Llamáis lenguas muertas a las lenguas de Horacio y Píndaro? Pues de ambas viene lo que vive en las nuestras».

Del griego viene, en su mayor parte, el caudal ideológico y artístico de la cultura occidental, y también su terminología científica. Del latín, para el español y para las demás lenguas románicas, la parte más importante, con mucho, de los recursos expresivos que las constituyen.